

ÉTICA Y TEOLOGÍA MORAL: UNIDAD EN EL RESPETO DE LA RECÍPROCA AUTONOMÍA

MODESTO SANTOS

Facultad de Filosofía de la Universidad de Navarra

Ethics and moral theology: unity in the respect for reciprocal autonomy

Faith and reason are two legitimate paths for man to access truth. The oneness of both is not an adventitious unity, but rather intrinsic, and, therefore, any separation is harmful and impoverishing for both. Faith should not shift towards sentimental assent to cure the weakness of reason: both faith and reason must be exercised in strength. In this context, the mission of moral theology and ethics take on greater significance. The fundamental purposes of this mission are to enlighten the meaning of human action and open up to practical wisdom with confidence. The weakness of faith and reason in modernity originated from distorted use (autonomism and scientism) of reason.

1. Hace Juan Pablo II una “llamada, fuerte e incisiva, para que la fe y la filosofía recuperen la unidad profunda que les hace capaces de ser coherentes con su naturaleza en el respeto de la recíproca autonomía. A la *parresía* de la fe debe corresponder la audacia de la razón”. (*Fides et Ratio*, n. 48) .

2. Esta llamada a la recuperación de la unidad de la fe y la filosofía en el respeto de su recíproca autonomía en coherencia con la naturaleza de una y otra es particularmente oportuna en el ámbito de la relación temática y metodológica entre ética y teología moral.

3. Fe y razón, saber filosófico y saber teológico, se reclaman y se necesitan recíprocamente.

La referencia a la Palabra de Dios como fuente de la Verdad de Dios y de la verdad del ser y del bien del hombre que especifica el saber teológico, lejos de contradecir o hacer superfluo el recto ejercicio de la razón y de la libertad dirigido al conocimiento y aceptación de la ver-

dad y sentido del obrar humano que especifica la ética, lo reclama internamente.

El acto por el que el hombre acoge el don de la fe es, como todo verdadero acto humano, un “obsequio razonable” de su inteligencia y libertad a la Verdad de Dios que se le revela, y que comporta tanto la inteligibilidad de lo comunicado al hombre por la fe como la naturaleza inteligente del agente humano y su libre apertura y amor a la verdad.

“La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva a la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él, para que conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo” (FR, inicio).

4. El deseo y contemplación de la verdad es el término que origina y da el sentido a esas dos vías por las que el hombre asciende a la Verdad de Dios y a la verdad sobre sí mismo: el “factor” que les da la profunda unidad a la fe y a la razón.

No se trata de una unidad adventicia, impuesta desde el exterior a esas dos vías de conocimiento otorgadas al hombre, sino intrínseca, fundada en la naturaleza misma de una y otra. La Verdad a la que tanto la razón como la fe aspiran es una, como uno es el sujeto en el que fe y razón radican. Es esta unidad –nos dice Juan Pablo II– la que las “hace capaces de ser coherentes con su naturaleza”.

5. Separarlas es desnaturalizarlas, falsearlas, hacerles perder su verdadera identidad, y, con ello, incapacitarlas para alcanzar la meta que están llamadas a cumplir en coherencia con su naturaleza.

Cuando esta separación entre la fe y la razón se produce, como es el caso en amplios sectores de nuestra cultura, “tanto la fe como la razón se han empobrecido y debilitado la una ante la otra. La razón, privada de la aportación de la Revelación, ha recorrido caminos secundarios que tienen el peligro de hacerle perder de vista su meta final. La fe, privada de la razón, ha subrayado la experiencia y el sentimiento, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal” (FR, n. 48).

Una razón que se considera “incapaz de conocer lo verdadero y de buscar lo absoluto” entraña “como consecuencia el ofuscamiento de la auténtica dignidad de la razón” (cfr. FR, n. 47). Como lesiona igualmente la dignidad del acto de fe como “obsequio razonable” de la inteligencia y de la libertad del hombre a la Verdad de Dios que se revela la pretensión de situarlo en la esfera del sentimiento y la experiencia “religiosa”.

“Es ilusorio pensar que la fe, ante una razón débil, tenga mayor incisividad; al contrario, cae en el grave peligro de ser reducida a mito o

superstición. Del mismo modo, una razón que no tenga ante sí una fe adulta no se siente motivada a dirigir la mirada hacia la novedad y radicalidad del ser” (FR, n. 48).

6. La respuesta de la fe ante esta debilidad de la razón no es la de silenciar, disminuir la dimensión racional y razonable de la fe, situándola en la mera experiencia o sentimiento religioso del hombre. Ha de ser, por el contrario, la de estimular y promover el poder natural de que la razón goza de conocer la verdad y el sentido de la realidad y del existente humano. Pretender llenar el vacío que en el *conocimiento de la verdad* genera la negación de este poder propio de la razón, mediante la apelación a la *mera actitud de confianza* en Dios –postulado, que no conocido– como el “lugar” propio y exclusivo de la fe, es privar de su verdadera identidad tanto a la fe como a la razón.

Como tan certeramente se ha dicho, “... la fe no es una resignación de la razón ante los límites de nuestro conocimiento; no es una cesión a lo irracional a la vista de una razón puramente instrumental. No es una expresión de cansancio o de huida, sino de valentía ante el ser y apertura hacia la grandeza y amplitud de la realidad. [...] La fe no crece a partir del resentimiento y del rechazo de la racionalidad, sino a partir de una afirmación fundamental de una más amplia racionalidad. En la crisis actual de la razón, ha de brillar de nuevo con claridad la verdadera naturaleza de la fe, que salva a la razón precisamente porque la abraza en toda su amplitud y profundidad, y la protege contra los intentos de reducirla a lo que puede ser verificado experimentalmente. El misterio no se alza contra la razón; al contrario, salva y defiende la racionalidad del ser y del hombre”. (Cfr. J. Ratzinger, “Perspectivas y tareas del catolicismo en la actualidad y de cara al futuro”, en *Catolicismo y Cultura*, Edice, Madrid, 1990, pp. 103 ss.).

La respuesta ante la crisis actual de la razón y de la fe no es otra que la del ejercicio audaz de una y otra.

“A la parresía de la fe –nos dice Juan Pablo II– debe corresponder la audacia de la razón” (FR, n. 48).

7. En congruencia con lo que se acaba de decir, la ética y la teología moral tienen una importante tarea que cumplir en orden a la recuperación y fortalecimiento de la unidad entre una y otra.

La teología moral tiene como *presupuesto fundamental* de su tarea específica el esclarecimiento y potenciación de esa capacidad natural que la razón práctica tiene de iluminar la verdad y sentido de la praxis humana frente al escepticismo y relativismo éticos por el que atraviesa un amplio sector de la cultura contemporánea.

A su vez, la ética tiene como su *imperativo más importante* abrirse a la sabiduría. Retomar en su verdadero sentido aquel *¡sapere aude!*, ¡atrévete a saber! que representó en sus inicios una confianza en el poder de la razón práctica –en ese poder común a todo agente humano, por el hecho de serlo– de elaborar unos principios y normas racionales directivos de la acción humana, y tras el que alentaba –si bien de una manera confusa– la percepción de la *autonomía de la razón* en la captación de su objeto específico.

No es la confianza en el poder de la razón en cuanto tal, sino el uso distorsionado –autonomista y cientificista– que de él hizo, lo que está en el origen de la crisis de la modernidad y que ha dado como resultado el irracionalismo, el escepticismo gnoseológico y el relativismo ético alentados por esa “cansina y resignada razón perezosa” inspiradora del “pensamiento débil” que tanto se hace sentir en nuestro tiempo.

El *¡sapere aude!* de la Ilustración, ha de ser reconducido hacia ese “Adquiere la sabiduría, adquiere la inteligencia” (Prv 4, 5) que la *Fides et Ratio* (n. 21) invoca tan oportunamente ante una razón que, “... en lugar de expresar mejor la tendencia hacia la verdad [...] se ha doblgado sobre sí misma, haciéndose, día tras día, incapaz de levantar la mirada hacia lo alto para atreverse a alcanzar la verdad del ser” (FR, n. 5).

8. Pero esta tarea que el saber filosófico y el saber teológico –en nuestro caso, la ética y la teología moral– han de emprender en orden a la recuperación o fortalecimiento de su unidad habrá de llevarse a cabo –nos dice Juan Pablo II– “en el respeto de la recíproca autonomía” (FR, n. 48). Este requisito es tan importante que de su adecuado esclarecimiento –que requiere, obviamente, un estudio detenido que rebasa los límites de esta comunicación– depende en definitiva el problema de la recuperación de la unidad existente entre una y otra.

9. La ética –la reflexión filosófica sobre la verdad y sentido de la praxis humana– cumplirá esta tarea en la medida en que se mantenga fiel a su propia identidad temática y metodológica y respete la identidad metodológica y temática del saber teológico moral.

En justa correspondencia, la teología moral deberá respetar cuidadosamente los procedimientos de la ética, en cuanto saber estrictamente racional filosófico que tiene como objeto específico esclarecer, justificar racionalmente y sistematizar en una unidad de sentido la experiencia moral del agente humano.

10. En mi opinión, en los intentos actuales de renovación tanto de la ética como de la teología moral se advierte con frecuencia un trans-

vase ilegítimo de la metodología que debe presidir uno y otro saber. Se intentan resolver problemas teológicos con categorías filosóficas y problemas estrictamente filosóficos con categorías teológicas.

11. En la base de esta situación se encuentra, a mi juicio, una falta de consideración a la dignidad y consistencia propia de que gozan uno y otro saber, que da como resultado la instrumentalización a que mutuamente se someten.

Con independencia del sentido positivo que sin duda tiene la expresión *philosophia, ancilla teologiae*, la interpretación que de esta expresión se ha hecho con frecuencia ha ejercido en el pasado y continúa ejerciendo en el presente una influencia negativa, desnaturalizadora de la especificidad temática y metodológica de la ética y de la teología moral.

Ni la filosofía puede ser instrumentalizada, reducida a la condición de “mera sierva” de la teología, como tampoco la teología puede ser instrumentalizada, sometida al imperio de la filosofía.

12. Tan ilegítima es, a mi juicio, una ética reducida a una subrepticia teología moral revestida de una “conceptualización y lenguaje filosóficos”, como una teología moral tributaria de unos supuestos acríticamente tomados de una filosofía moral inspirada en un concepto distorsionado (autonomista y cientificista) de razón práctica, incapaz de responder a la verdad y sentido de la acción humana.

13. El tratamiento que de la razón, libertad y autonomía del obrar humano se hace en algunas de las corrientes actuales de teología moral —la moral autónoma y el proporcionalismo moral—, tan lúcidamente analizadas y discernidas en la *Veritatis Splendor*, es, a mi juicio, una clara muestra de esta *servidumbre* de la teología a la filosofía.

14. La llamada de Juan Pablo II a la recuperación de la *unidad* entre la fe y la razón *en el respeto de la recíproca autonomía* responde, en definitiva, a la necesidad de redescubrir la armonía entre una y otra fuente de conocimiento de la verdad.

Fe y razón tienen a Dios como autor y son fuentes de la verdad, de la Verdad de Dios que es una y la misma. No cabe, pues, separación entre una y otra. El respeto a la unidad entre una y otra tiene aquí su fundamento.

Esta Verdad que por parte de Dios es una y simple, es conocida por el hombre por una doble fuente. Fe y razón son *en sí mismas* fuentes de la verdad —de la única Verdad de Dios— que poseen por su propia naturaleza un *modo propio* de alcanzarla.

Si la *unidad* entre fe y razón debe ser *respetada*, igualmente debe ser *respetado* el *modo propio*, los principios y con ellos el objeto y el método –la autonomía metodológica y temática– de una y otra.

Frente a la relación de *oposición*, de *separación*, o de *confusión* entre la fe y la razón, urge redescubrir y reafirmar la *distinción* en la unidad o la *unidad* en la distinción, la *armonía interna* entre fe y razón que fundamenta, a mi juicio, esa tan oportuna llamada “fuerte e incisiva” de Juan Pablo II a “que recuperen la unidad profunda que les hace capaces de ser coherentes con su naturaleza en el respeto de la recíproca autonomía” (FR, n. 48).